

Alonso, Andoni y Arzoz, Iñaki (2021). *El desencanto del progreso. Para una crítica luddita de la tecnología*. Dykinson. 170 pp.

Si todo ensayo es hijo de su época, este de Andoni Alonso e Iñaki Arzoz tiene el coraje de rastrear, a partir de una reflexión humilde y abierta, los frentes de batalla para destronar la suya. Y es pertinente subrayar su vocación reflexiva desde la modestia y la receptividad, porque también somete a crítica los dogmas de fe que le son más próximos y que tanto daño hacen a las causas justas. A lo largo de las páginas del texto, resuena una pregunta que son muchas: ¿en qué medida somos rehenes del progreso?, y más fundamental, ¿en qué consiste ese progreso que nos lleva cautivando generación tras generación desde hace siglos? Los autores no ofrecen una respuesta taxativa, sino que van acotando la realidad de nuestro tiempo, habilitando tomas de contacto complejas en matices y por ello privilegiadas, para que sean los propios lectores quienes accedan a ese espejo de lo que colectivamente somos. Es una estrategia inteligente y honesta.

Una de las primeras constataciones –que articulará el resto del ensayo– es que la tecnología está muy lejos de ser una herramienta neutral, tal y como reza la mayoría de discursos políticos en la modernidad. Al contrario, la tecnología nace permeada por las relaciones de poder que la ven surgir. En palabras de los autores: “la ingenua idea de que los dispositivos son neutros antes de su empleo, una idea muy extendida pero poco fundamentada, implica dejar de lado el contexto social en el que se diseñan y se construyen” (p. 53). La tecnología no se gesta en el vacío, ni aparece flotando sobre la nada, por mucho que las fórmulas científicas que le dan cuerpo promuevan un falso sentido de abstracción apolítica e imparcial. De hecho, en tanto que creación esencialmente humana, está atravesada por los valores culturales de las manos que la crean, igual que cualquier obra artística, y como tal debería ser evaluada y sometida a sospecha (p. 19). Alonso y Arzoz inciden en la importancia de analizar los contextos políticos que arrojan la tecnología a la vida, siguiendo una senda de pensamiento que entronca con autores de la talla de Walter Benjamin, Iván Illich o Paul Goodman, entre otros. Los autores proponen saltar del plano general de las ideas, tan promovido por el pensamiento cartesiano, para abordar el eje concreto donde las cosas suceden. Ambos encajes –condiciones de posibilidad y resultado efectivo– son, en este sentido, indisolubles. Por ello debemos visibilizar un error de perspectiva que abunda en la visión histórica con la que nos acercamos al progreso. Los autores lo exponen al comienzo de la obra: existe una tendencia a creer que las revoluciones tecnológicas son en algún grado inevitables y autónomas, como una descarga eléctrica ajena a la voluntad del ser humano. Es este determinismo el que no deja lugar “para recordar las posibles alternativas que no se tomaron en su momento” (p. 22). En la captación de esas alternativas, en la posibilidad de lo otro, se juega el germen de lo político.

Para desplegar su estudio, los autores empiezan reconociendo en el primer capítulo su deuda con el pasado: el suelo desde el que miran. En efecto, la historia de la crítica a la tecnología se remonta al surgimiento del movimiento luddita durante la Revolución Industrial, a comienzos del siglo XIX, cuando grupos de trabajadores ingleses orquestaron las primeras revueltas contra la maquinaria que les quitaba el pan de la mesa. Su impronta permaneció viva en el romanticismo del XIX, así como en el espíritu combativo con los paisajes urbanos de tonos grisáceos y enfermizos, exhaustivamente retratados por Dickens o Baudelaire. Sin embargo, como señalan los autores, no hubo en puridad una filosofía luddita hasta mucho tiempo después (p. 36). Lo que sí hubo desde el comienzo fue un rechazo visceral a todo lo que el término luddita representaba. ¿Quién en su sano juicio se presenta como reaccionario ante el progreso? El progreso participa como protagonista de la euforia utópica. Alonso y Arzoz lo ilustran con acierto: el telégrafo se anunció como la fuente última de la democracia, la electricidad como el principio de empoderamiento de las masas, la televisión como el acceso colectivo a la cultura y a la educación, etcétera (p. 30). El progreso siempre arrastra la percepción de una mejora, de un perfeccionamiento, aunque estos no lleguen luego a materializarse. De hecho, con frecuencia lo que se acaba materializando es su contrario: el progresivo asedio de la tecnología promueve tanto la pauperización de las relaciones sociales (p. 49), como se probará a lo largo de las páginas del ensayo, como la impermeabilidad ante las posibles críticas.

Por eso, la crítica debe ser reflexiva y evitar los antagonismos caricaturizados. Como señalan los autores, el “rechazo frontal de la tecnología no se diferencia prácticamente en nada del elogio desmedido y acríptico de la propia tecnología” (p. 42). La articulación de una crítica luddita, bien fundamentada, es el propósito de todo el libro, y se desarrollará a partir de cuatro vértices de reflexión: el lenguaje, el cuerpo, la sociedad y el mundo.

En coherencia con Alonso y Arzoz, el lenguaje no vive en nosotros, sino que somos nosotros quienes vivimos en él. En un sentido nada simbólico, el lenguaje nos constituye. “Pensamos en él y desde él, no con él” (p. 58). Por esta razón es indispensable mantener una vigilancia feroz a ese texto que encarnamos. De mi personal lectura se desprenden algunas preguntas que subyacen a la mirada de los autores: ¿en qué estadio lingüístico se encuentra el presente?, ¿cómo afecta la tecnología, en general, y lo digital, en particular, al estatuto del lenguaje? La tecnología está estrechamente vinculada a la velocidad y a la aceleración. Buena parte de los hitos científicos han servido para precipitar procesos que tradicionalmente requerían un tiempo mayor. Actualmente, el objetivo de la digitalización es aproximarse a la inmediatez. Sin embargo, frente a este supuesto avance que maximiza la eficiencia en la producción, transmisión y recepción del texto, la vertiginosidad del lenguaje implica un creciente descuido de su uso. El significado de las palabras se deforma y tiende a la vacuidad. En lugar de servir como plataforma para un pensamiento crítico, formado y maduro, la opulencia del lenguaje se convierte en “una limitación para pensar” (p. 71). No debería sorprendernos. La proliferación de pantallas digitales, dispositivos y redes de interconexión conjura el silencio y el ritmo pausado que requiere cualquier juicio cabal. El vacío de la pantalla en blanco interpela al usuario que la mira, lo conmina a una verborrea impúdica, a veces rayana en lo patológico. Tampoco la lectura sortea esta pulsión frenética de consumo de texto sin digestión. El resultado es muy pobre: discursos vacíos y conversaciones sordas, cargadas de vísceras, vehemencias irreflexivas y una vorágine de falsedades. El debate político que debería nutrir de savia fresca los cimientos de una democracia desemboca así en un penoso grito: apenas una cacofonía. Si el lenguaje nos constituye, tal y como defienden los autores –en consonancia con buena parte de los pensadores del siglo XX–, deberíamos hoy temer por nuestra propia integridad.

Frente al desprecio ilustrado por lo material en favor de lo espiritual, el cuerpo humano ha fundamentado algunas de las principales reflexiones de los últimos cincuenta años. Y los autores no son ajenos a este interés. Como ellos mismos señalan, el cuerpo del siglo XXI representa un obstáculo fatal para un mundo que sustenta su éxito en la ingravidez de lo virtual. La tecnología no ha tardado en erigirse en la principal esperanza para la superación de ese fastidioso lastre. Incluso algunas corrientes filosóficas actuales, en especial el transhumanismo, han abrazado esta posibilidad como fuente propulsora de una sociedad mejor. Los términos de la cuestión se suelen presentar con una simpleza desbordante: si el cuerpo es perfectible y disponemos de los conocimientos para mejorarlo y corregirlo, ¿por qué no hacerlo?, ¿por qué conformarnos con una carcasa obsoleta? Está bien que la naturaleza marque sus límites, pero, ¿qué razón debería animarnos a asumir esas fronteras como una imposición real y física cuando está al alcance de nuestra mano poder desafiarlas? Alonso y Arzoz se toman en serio estas preguntas para desarmar la presunta obviedad de sus respuestas –que mejorar el cuerpo humano no tiene nada de malo, acaso todo lo contrario–. A la búsqueda de la mayor eficiencia del yo, argumentan los autores, subyace una lógica potencialmente perversa. En primer lugar, la salud pasa a ser responsabilidad de cada sujeto (p. 81). En segundo lugar, estados naturales del ser humano, como la vejez, el cansancio o la tristeza, pasan a engrosar la lista de “enfermedades” que deben ser paliadas. Las arrugas de la piel, un vientre estriado, ser feo o mostrar celulitis revelan el descuido de un sujeto que, en última instancia, no se quiere ni se aprecia. Pero las consecuencias no solo se hacen notar en el plano de la conciencia, sino también en la realidad política. El Estado de Singapur, por ejemplo, monitorea el historial médico de sus ciudadanos para promover su salud de modo que más personas puedan seguir trabajando hasta más edad (p. 83). También los seguros de vida y los seguros médicos condicionan sus tarifas a la situación sanitaria de sus clientes. El perfeccionamiento de nuestro estado físico y psíquico deja de ser una opción para constituir una obligación moral y política. Los relojes “inteligentes” y el resto de aparatos de medición física son solo servidores de esta nueva forma de esclavitud.

Sin embargo, los autores no demonizan en abstracto toda inserción de lo tecnológico en el cuerpo. Al contrario, ponen de manifiesto algunas de las lógicas perversas que operan en la realidad concreta: por ejemplo, la notable disminución del tiempo libre a pesar de esa inmediatez de las comunicaciones que venía a emanciparnos o la zombificación frente a las aletargantes pantallas digitales. Bienvenidas sean, por supuesto, las prótesis, los trasplantes de órganos o las reconstrucciones corporales cuando ellas hacen de la vida un camino más fácil (p. 100). Los autores, en definitiva, abogan por una sociedad razonablemente cibernética, compuesta de ciborgs ludditas, seres que ante todo muestran una reflexión profunda frente a las tecnologías que los integran.

Las sociedades modernas, arguyen Alonso y Arzoz, exhiben una curiosa paradoja: compaginan una diversidad radical, especialmente en lo que compete al consumo, con una estandarización omnimoda –apenas dos o tres sistemas operativos para la industria de telefonía o el parque informático–. Bien podría parecer que ambos polos operan en planos distintos. Por mucho que nos abrume la variedad de destinos turísticos, deportes extremos o estilos de ropa y comida, permanecen estándares que se antojan constantes: la progresiva destrucción de los lazos comunitarios a pesar de la interconectividad o la necesidad de un consumo enardecido. Por eso, los autores someten a un agudo análisis los éxitos y fracasos de una de las grandes utopías de nuestra era: la economía colaborativa. En un espacio pretendidamente democrático como Internet, la sabiduría colectiva –el *general intellect*– experimentaría un incremento exponencial, permeando las capas sociales de cualquier punto del mapa con acceso a la red. No obstante, este optimismo choca con dos límites: la escala y la implicación (p.

114). La participación digital no contempla ninguna de ellas. Por eso, las esperanzas puestas en la tecnopolítica han ido menguando con el paso de los años. Si el período de 2010 a 2012 fue sacudido por un auge de las protestas sociales donde la estructura digital había servido como plataforma de impulso, el panorama actual es bastante desolador (p. 118). La utopía democrática se ha desvanecido en una imagen borrosa, a veces aterradora. La desinformación, la opinión infundada, los exabruptos y los “hechos alternativos” parecen campar a sus anchas por el *continuum* digital de las redes. El ascenso de nuevos autoritarismos, así como un renovado escepticismo hacia la práctica política, parece ser su consecuencia directa.

Pero las consecuencias de lo tecnológico irrigan suelos todavía más complejos y peligrosos para la supervivencia humana: tienen una afición en la percepción que tenemos de los límites de nuestro mundo físico (p. 145). El espacio de la tecnología parece no habitar ningún comienzo o fin. Es un lugar etéreo e indeterminado donde todo tiene cabida. Trasladar esa quimera digital al mundo analógico que pisamos constituye un acto mecánico, casi intuitivo. Más aún cuando las dinámicas de valorización del capital arrastran a una producción cada vez mayor y un consumo masivo. El sempiterno crecimiento al que nos invita el sistema capitalista tropieza con una frontera insalvable: los límites geográficos del planeta, la escasez de materia, nuestra necesidad de respirar oxígeno o beber agua sin contaminar. Con mucho acierto, los autores traen a colación las propuestas de los modelos decrecentistas. Una respuesta ambiciosa a los desafíos de un capitalismo que lleva tiempo luciendo su versión más caníbal.

El ensayo de Alonso y Arzoz es, en definitiva, un pulgar que presiona sobre la llaga de nuestra época. Su exuberante despliegue de pensadores, obras e ideas se articula con una exposición clara y afable y con un lenguaje accesible y pedagógico. Evita las apologías acrílicas de autores para rescatar lo valioso de sus obras y denostar de forma justificada lo que hay de excesivo en cada uno de ellos. Además, abarca temas que actualmente están en el foco de cualquier debate público: el precariado, la maternidad subrogada, la biotecnología amateur, el apocalipsis ecológico del Antropoceno o la controvertida industria del porno. Es destacable el estilo desenfadado que a veces adopta, intercalando reflexiones sesudas con referencias cinematográficas, hechos sorprendentes y un buen número de anécdotas que permiten aterrizar la abstracción de un problema o una teoría, facilitando la lectura. Un libro, en fin, que hace temblar el abanico de loas a la tecnología que puebla nuestro entorno. Un libro, también, que aporta una mirada incisiva y crítica que hace que no perdamos la esperanza.

Elías Manzano Corona  
Universidad Complutense de Madrid  
[eliasman@ucm.es](mailto:eliasman@ucm.es)